

EDICIONES
BISTAGNE

MADGE
EVANS

ROBERT
MONTGOMERY

PROPAGANDA

1
PIA

CORAZONES
VALIENTES

CORAZONES VALIENTES

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Corazones valientes

Sentimental producción basada en un argumento especialmente
escrito para la pantalla por

Frederick Lonsdale

Dirigida por

ROBERT Z. LEONARD

Es un film de la famosa marca

Metro - Goldwyn - Mayer



Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Reparto

Willie.	<i>Robert Montgomery</i>
Mary	<i>Madge Evans</i>
Jeffrey	<i>Roland Young</i>
Almirante	<i>Frederick Kerr</i>
Jimmy	<i>Reginald Owen</i>
Mrs. Smith	<i>Beryl Mercer</i>
Lady Blayne	<i>Evelyn Hall</i>
Mr. Smith	<i>Halliwell Hobbes</i>
Wille, niño	<i>Jackie Searl</i>
Walter, niño	<i>Norman Phillips, Jr.</i>
Lamone	<i>Alan Mowbray</i>

Corazones valientes

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

En el recinto se oía el monótono rumoreo que producían los dos niños que estudiaban historia.

La verdad era que no les interesaban lo más mínimo aquellos pesados libroles, pero el temor de las reprimendas paternas a que podían dar lugar las malas notas, los hacía estudiar a la fuerza.

—Carlos II, de 1670 á 1685.
Jaime II, de 1685 á 1688. Guillermo y María, de 16...

No pudieron continuar. El padre se había presentado de pronto y preguntó con voz áspera:

—¿Dónde está el perdido?

La madre, que entraba y salía preparando la cena, se detuvo para contestar a su esposo:

—Nuestro hijo no es un perdido.

—¡No lo defiendas! ¿Sabes que hace una semana que no ha ido a la escuela?

La buena madre comprendió que

la hazaña era grave, pero no por eso daba su brazo a torcer.

—Todos los niños hacen diabluras.

—¿A eso llamas diabluras?

—No des a las cosas más importancia de la que tienen.

—Eres tú la que no debes quitarle importancia a lo que la tiene.

Los niños, que habían cesado en sus estudios, escuchaban sobrecogidos. Sabían muy bien lo que le esperaba a Willie y temían que de rechazo les tocara algo a ellos.

—Además — añadió el padre — firmó con mi nombre una carta excusándose.

—¡Eso sí que no lo creo!

—¡Tú tienes parte de culpa en todo esto! Lo mimas demasiado.

—Y tú no haces más que reñirle.

—¡Porque lo merece! Es un chiquillo raro. El maestro dice que tiene demasiada imaginación. Esos son los que no hacen en la vida nada de provecho. Quiero que sea como los demás niños. Quiero que estudie como sus hermanos y que deje a un lado las fantasías.

—Dice que odia la escuela—exclamó uno de los niños.

Y la madre le dirigió una mirada de censura.

El padre se encaró con él y le preguntó:

—¿De modo que sabíais que no iba a la escuela?

Los niños callaron sobrecogidos.

—Era preciso que lo supierais porque vais al mismo colegio — añadió el padre en tono acusador—. ¿Por qué no lo dijisteis?

—Temíamos que te enfadaras.

—Debía daros una paliza a cada uno.

—Ahí está Willie—dijo uno de los niños, seguro de que la llegada del rebelde alejaría la atención del padre.

Willie intentó pasar sin ser visto, pero el autor de sus días lo detuvo.

—Ven acá.

Y ordenó a los otros niños:

—Vosotros os podéis marchar.

Y cuando quedaron solos padre e hijo, aquél preguntó a éste:

—¿Dónde has estado?

—Pues vengo de...

—No te pregunte de dónde vienes ahora. Te pregunto dónde has estado toda la semana a las horas de clase.

Willie comprendió que su padre se había enterado de todo y, seguro de que todo aquello iba a terminar en una zurra, cogió disimuladamente una de las pequeñas car-

petas que había sobre los pupitres de sus hermanos y se la introdujo por la cintura del pantalón para que le sirviera de coraza trasera.

—¡Contesta! — insistió el padre—. ¿Qué has hecho en vez de ir al colegio?

—No hacía nada malo. Paseaba.

—¿Y tú no sabes que tu obligación era ir al colegio?

—Sí. Pero no me encontraba bien y quería tomar el fresco.

—¿Te encontrabas bien cuando falsificaste mi firma?

Willie no supo qué contestar.

El padre le apremió:

—Di, Willie ¿por qué hiciste eso?

El niño repuso resueltamente:

—Odio a la escuela.

—¡Buen principio para un escribiente!

—No quiero ser escribiente—repuso el niño decidido a todo.

La madre, comprendiendo la gravedad de la respuesta, intervino:

—¡Willie! Dile a papá que te arrepientes de lo que has dicho y que quieres ser escribiente.

—No podré serlo porque no me gusta, mamá.

—Yo te enseñaré a que te guste

—dijo el padre amenazadoramente.

Y cogió a Willie de un brazo, lo apoyó en sus rodillas y comenzó a darle azotes. En seguida se dió cuenta de la existencia de la carpeta y la sacó para reanudar la tanda de azotes.

Entonces Willie perdió todo su valor y comenzó a suplicar a gritos:

—¡Seré escribiente, papá! ¡Me gusta mucho el trabajo de escribiente!

La madre había salido de la habitación para no presenciar la dolorosa escena. Desde la puerta escuchaba los golpes y le parecía que cada azote era un latigazo descargado sobre su corazón.

Willie lanzaba ayes de dolor. Su padre dijo:

—Más me duele a mí.

Y siguió azotándolo.

Finalmente, lo cogió de un brazo y lo condujo a su habitación.

—¿Irás a la escuela?—le preguntó.

—Sí—repuso Willie entre gemidos.

—Ahora acuéstate y antes pídele a Dios que te ayude a ser mejor de lo que eres.

Cuando la puerta se cerró tras él, Willie se arrodilló al lado de la cama y empezó a rezar.

Así lo sorprendió la afligida madre, que le preguntó:

—¿Pidiéndole a Dios que te haga un buen muchacho?

—No — repuso Willie con rabia—. Pidiéndole que no me haga escribiente.

II

—He tenido carta de Willie — dijo la madre cuando entró el cabeza de familia.

—¿Pide dinero?—preguntó éste.

—Nada de eso. Explica que tiene una colocación admirable en Toronto.

—La última vez la tenía en Nueva York.

—Manda a veinte hombres.

—¿Adónde los manda?

—Tú no tienes fe en él, pero yo estoy segura de que llegará a ser un gran hombre.

—Tú siempre has creído lo mismo de Willie. Sin embargo, ahí tienes lo que ha llegado a ser.

—¿Qué tienes que decir de lo que ha llegado a ser?

—Digo que es un trotamundos.

Era la eterna discusión. La madre que defendía a Willie y el padre que sólo tenía para él calificativos duros.

¿Quién tenía razón?

Acaso la tuvieran los dos. Acaso Willie llegara a ser con el tiempo un hombre admirado y acaso su vida de ahora mereciera los calificativos del padre, por lo inestable y desordenada.

Willie no estaba ya en Toronto sino en otra población y ya no tenía la colocación de que había hablado a su madre sino que ahora era criado en un hotel.

Ahora iba a limpiar los cristales.

Llevaba un cubo en la mano y una escalera al hombro.

Y como la verdad era que siempre andaba distraído, dió con la escalera un golpe en una lámpara haciéndola añicos y después, al volverse, golpeó con la escalera la cabeza de un cliente.

Con esto dió por terminada la limpieza y se puso a escribir a su madre.

La carta comenzaba así:

"Querida madre: Tengo una nueva colocación. Soy subgerente de un gran hotel..."

De pronto oyó una voz a sus espaldas.

—¿Qué significa eso de gastar papel de escribir del hotel?

—Es una carta para mi madre —repuso Willie con naturalidad.

—Lo siento por ella. No me gustaría ser su padre.

—Ni a mí ser su hijo.

—¿Contestarme a mí un simple criado?

—Tengo entendido que empezó usted de botones.

—¡Ea! Ya me he cansado de soportarle. No da usted pie con bola.

—¿Se cree usted que soy futbolista?

—No sabe usted ni siquiera eso: dar puntapiés.

—Usted, en cambio, sabe echar coces.

—¡Fuera, fuera de aquí!

—No sabe usted cuánto me alegro de que me dé esta oportunidad de perderlo de vista.

Y se marchó.

Días después era vaquero en un rancho.

La hora de la comida. Iba a sentarse a la mesa, cuando un hombre llegó con la noticia de que se había escapado un toro negro.

Willie desistió de sentarse a la mesa.

—No me extraña — dijo—. Conozco al torito y sé que es capaz de eso y de mucho más.

—Tú lo cogerás—dijo el jefe de los vaqueros.

—Con mucho gusto. Le agradezco que se haya acordado de mí.

El tono irónico aumentó al preguntar a uno de sus compañeros:

—¿Conoces algún médico?

—Sí. Precisamente conozco a un gran especialista en fracturas.

—Pues recoméndaselo al que vaya a coger el toro.

—¿No lo vas a coger tú?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tengo que marcharme.

—¿Adónde?

—Al Africa del Sur.

Y se fué al Africa del Sur.

Antes de partir escribió a su ma-

dre una carta en la que le decía que se dirigía al continente negro para montar allí un importante negocio.

* * *

En el domicilio de la base naval de la armada inglesa en el Africa del Sur, Mary, la hija del almirante, estaba hablando con el ayudante de éste, Jeffrey.

Mary y Jeffrey eran dos grandes amigos. De niños habían jugado juntos. Ahora, debido a que vivían bajo el mismo techo, aquella amistad se había convertido casi en un lazo fraternal.

Mary tenía en su amigo una confianza sin límites. Cosas que no le habría dicho ni siquiera a su padre, se las consultaba a él y él siempre le daba su sincera opinión, fuera ésta buena o mala.

Ella estaba aburrida. Aquel ambiente no era el más a propósito para una joven de su posición y de su espiritualidad.

—Los amigos de papá son insoportables—decía a Jeffrey.

—Como almirante, tu papá se ve obligado a recibir a muchos insoportables y tú no debes ponerle dificultades.

—Me parece que bien le he probado mi transigencia permaneciendo en este desierto.

—En eso tienes razón. Eres una heroína.

—¡Y mamá no quiere irse hasta dentro de seis semanas!

—¿Tiene algo que ver tu aburrimiento con la ausencia de tu prometido?

—No. Es sencillamente que no me gusta Africa.

—¿Piensas casarte con él o destrozarle el corazón?

—¡Lástima que sea rico!

—¿Por qué?

—Porque tú eres demasiado espiritual para un hombre cargado de oro como Jimmy.

—No creo que tenga que ver una cosa con la otra.

—Un hombre rico, tan rico como ese no es capaz de hacer feliz a una mujer, como tú.

—Si no te conociera, pensaría que estabas hablando mal de él para prepararte tú el terreno.

—Bien sabes que eso es imposible.

—Eso es demasiado decir. Los dos somos jóvenes, los dos somos bien parecidos, los dos hemos simpatizado siempre. ¿O es que te parezco poco para ti?

—¡Qué disparate!

—¿Entonces?

—Es que tú y yo nos estimamos demasiado para casarnos.

—¡Hombre! ¡Es curioso! ¿Es que sólo los que no se quieren se pueden casar?

—Ya sabes lo que quiero decir. Nosotros nos queremos casi como dos hermanos.

Y añadió bromeando:

—Ahora, que si tú tienes interés...

Mary se echó a reír.

—¡Eso quisieras tú!

—No esperaba otra cosa.

Ella tuvo un gesto de hastío.

—Hablar por hablar. Es que es-

toy aburridísima. ¿No te pasa a ti lo mismo?

—Si he de serte sincero, no me pasa lo mismo.

—Pues yo me marchó.

—¿Adónde?

—¿Adónde quieres que vaya? Al mismo sitio de todos los días.

—Voy a hacerte un encargo para que te distraigas.

—¡Ah! ¿sí?

—Sí. ¡Verás qué divertido es!

—¿De qué se trata?

—De que me compres cigarrillos.

—¡Hombre! ¡Muchas gracias por el favor!

—¿Me los comprarás?

—¿Dónde?

—En el único establecimiento que hay aquí.

—¿Allí venden tabaco?

—Allí venden de todo.

—Bien, te los compraré.

—¡Y cuidado con dar al auto demasiada velocidad!

—Gracias por el consejo.

—Y...

—Pero no me aconsejes más. Bastante tengo con los sermones de mis papaitos.

Y Mary se marchó dejando a Jeffrey con la palabra en la boca.

III

Mientras limpiaba los cristales, Willie cantaba en voz tan alta que había formado un corro de gente y un policía se vió precisado a llamarle la atención.

Estaba empleado de único dependiente en aquel establecimiento en que se vendía de todo.

Le gustaba el empleo porque le dejaba tiempo libre para dedicarse a lo que constituía su mayor afición: la literatura.

El dueño se marchó y lo dejó al exclusivo cuidado de la tienda.

—¡Y haga el favor de atender bien a los clientes!—le advirtió.

—¿Teme que se vayan a comprar las cosas a Europa?

—Usted siempre está de broma.

Pero le advierto que como alguien se queje...

Willie se encogió de hombros. Estaba tan acostumbrado a cambiar de empleo, que no le importaría nada hacer un cambio más.

Llevaba un momento solo, sin saber qué hacer, cuándo un auto se detuvo a la puerta del establecimiento.

—Este debe de ser el cliente de hoy—pensó Willie, recordando que desde que él estaba allí sólo entraba en la tienda un cliente diario.

Y recibió una grata sorpresa al ver el rostro de Mary.

Ver allí una mujer blanca y bonita, era un acontecimiento.

Además, Mary era elegante, simpática y tenía un cuerpo escultural.

A ella también le sorprendió agradablemente la fisonomía de Willie con sus ojos expresivos, su sonrisa entre infantil y maliciosa y sus cabellos rizados.

—¿Tienen cigarrillos "La Fortuna"?—preguntó Mary, pues sabía que eran éstos los que Jeffrey fumaba.

—Es la única fortuna que tenemos—repuso Willie con su habitual buen humor.

—¿Por qué dice usted eso? ¿Acaso no va bien el negocio?

—Sin acaso. Figúrese usted que en los tres días últimos sólo hemos recibido la visita de tres clientes. ¿Cree usted que así puede mantenerse algún negocio?

—Tiene usted razón.

Callaron un momento. Preguntó Mary:

—¿Es usted de Inglaterra?

—Sí, pero no vengo de allí.

—¿Acaso de Norteamérica?

—Tampoco.

—¿De dónde entonces?

—Del Canadá.

—¡Oh, el Canadá es precioso!

—¿También ha estado usted allí?

—Sí. ¿Tenía usted algún negocio en el Canadá?

—No era más que vaquero.

—¡Qué divertido!

—No lo sabe usted bien.

—¿Por qué dejó usted aquel empleo y aquel país? Yo no me habría movido de allí nunca.

—Usted se habría movido si le llega a ocurrir lo que a mí me ocurrió.

—¿Tan grave fué lo que le pasó en el Canadá?

—Imagínese usted que se escapó un toro negro, y mis compañeros, para demostrarme su cariño, me eligieron para que cogiera a la fiera. Entonces se me ofrecieron dos caminos: Africa del Sur o el hospital. Y me vine a Africa del Sur.

Mary reía de buena gana.

—¡Cuánta falta me hacía reirme!—exclamó.

—Y a mí también —convino Willie—. ¿Qué podríamos hacer para estar siempre contentos?

—¡Oh, si yo lo supiera!

A los pocos momentos, la conversación se deslizaba por cauces más íntimos.

—¿Piensa usted estar vendiendo cigarrillos toda la vida?—preguntó Mary.

—No me ha durado más de tres meses ninguna colocación.

—Entonces habrá tenido muchas.

—Muchísimas.

—Quisiera conocerlas todas. Sería muy divertido.

—¡Bah! ¡Qué importa lo que he sido!

—Entonces ¿qué es lo que importa?

—Lo que seré.

—¿Confía usted en llegar muy arriba?

—Mentiría si le dijera que no.

—No mienta nunca. ¿Por qué ha de mentir?

—Es verdad. ¿Por qué he de mentir?

—¿No ha sentido usted nunca el deseo de procurarse una vida reposada?

—No. Eso no lo he sentido nunca. Porque para sentir eso, es preciso que haya una mano de mujer que le retenga a uno.

Sin darse cuenta, había dicho esto mirando a Mary a los ojos.

Y ella, sin darse cuenta tampoco, respondió a aquella mirada con otra semejante.

—Entonces ¿todo depende de una mujer?

—Sí.

—¿Pone usted su porvenir en manos del amor?

—¿En qué mejores manos puede ponerse?

—Entonces le deseo que encuentre usted esa mujer salvadora.

—¡Ojalá la encuentre!

Otra vez los ojos de Willie se habían fijado de un modo intenso y penetrante en los de Mary.

La conversación fué interrumpida por la llegada de unos marinos que iban también a comprar tabaco.

Mary, para evitar que los marinos supieran lo que debían ignorar acerca de la hija de su almirante, se despidió de Willie apresuradamente y tomó el taxi que estaba a la puerta, dándole al chofer la dirección del almirantazgo.

Willie, que había oído esta palabra, preguntó a uno de los marinos que acababan de entrar cuando se le presentó ocasión:

—¿Quién vive en el almirantazgo?

—El almirante Blayne.

—¿Está casado con una mujer joven?

—Ya sé por dónde va usted— dijo el marino riendo—. Esa joven que estaba aquí cuando nosotros hemos entrado, no es la esposa del almirante, sino su hija.

La noticia agradó a Willie, pero

el marino le dejó lo peor para lo último.

—Es una mujer guapísima—dijo—. ¡Qué suerte la del hombre que se va a casar con ella!

—¿De modo que se va a casar?

—Sí, con un lord.

IV

Al ver la transformación que se había operado en el semblante de Mary cuando fué a entregarle los cigarrillos, Jeffrey comentó:

—Parece ser que el Africa te gusta más.

—En efecto.

—¿A qué se debe ese cambio?

—No seas indiscreto, Jeffrey.

—Perdona si te he molestado.

—No es que me hayas molestado. Es que hay preguntas que no se pueden contestar.

Y añadió alegremente:

—¡Aquí tienes tus cigarrillos!

—Gracias. Son de los que a mí me gustan.

—Por eso los he comprado.

—No sabes cuánto te lo agradezco. ¿Qué te han costado?

Mary tuvo un gesto de fingida contrariedad.

—Me he olvidado de pagarlos.

—Ya los pagaré yo cuando vaya al buque.

—No. Tú no tienes que pagar nada. ¿No los he comprado yo? Pues yo los he de pagar.

Y, en efecto, al mismo día siguiente, volvió al establecimiento donde estaba Willie empleado.

Se hallaba éste en aquel momento corrigiendo unas cuartillas de una comedia y declamaba en voz alta:

“Te quiero con toda mi alma. Ni yo mismo me comprendo. Sólo oigo tu voz”.

Mary se le quedó mirando. Había dejado a la puerta su soberbio

automóvil y bien claro se veía que sus propósitos eran estrechar los lazos de la amistad que ya la unían a Willie.

De otro modo, no se habría molestado en ir a pagar los cigarrillos. Habría mandado a alguien. Sobraban a su alrededor las personas que la habrían servido de buena gana.

Pero para eso no habría dejado Mary de pagar los cigarrillos. Pues era lo cierto que los había dejado de pagar adrede.

—Buenas tardes—dijo con voz discreta.

Una expresión de alegría indefinible se dibujó en el rostro de Willie cuando vió a Mary.

Por un momento, los dos estuvieron mirándose sin saber qué decirse.

Fué ella la que manifestó:

—Me olvidé de pagarle los cigarrillos.

—Ya lo advertí.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Para que volviera.

Mary se echó a reír, complacida.

—Está bien. Pero ahora cobre usted. Me parece que ya es hora de que le pague.

—Eso es lo de menos.

—No puedo consentir que un descuido mío lo pague usted.

Willie tomó el billete que Mary le entregaba y le devolvió el cambio.

—¿Son para su papá esos cigarrillos?

—No. Son para Jeffrey.

—¿Puedo preguntarle quién es Jeffrey?

—¿Por qué no? Jeffrey es mi mejor amigo.

—Mucha confianza deben de tener ustedes para que la encargue de comprarle los cigarrillos.

—Nos conocemos desde niños.

Willie dijo a modo de indagación:

—Yo conocí a dos que se trataban desde niños y terminaron casándose.

—Pues por ese lado no hay nada.

—Es que aquellos decían lo mismo.

—Nuestro caso es diferente a los demás. Es único. Jeffrey es el ayudante de mi padre.

—Ese argumento no me convence.

—Jeffrey y yo somos como hermanos. El me cuenta sus cosas, incluso las de amor, y yo le cuento las mías.

—Eso es ya más convincente.

Mary miraba a su alrededor.

—¿Es que en esta casa no hay una silla?—preguntó.

—Voy a traerle una — repuso Willie.

Y abrió la puerta de su cuarto, que comunicaba con la tienda.

Mary asomó tras él la cabeza.

—Es una habitación muy simpática—comentó.

—¿Le gusta?

—Mucho.

—Si yo me atreviera, le propondría...

—¿Que entrara?

—Sí.

—Y si yo me atreviera le contestaría...

—¿Con mucho gusto?

—Exactamente.

—Pues lo doy por contestado. Las puertas de mi habitación se abren orgullosas ante usted.

Entró Mary y paseó por el cuarto una mirada escudriñadora.

Estaba mucho más limpio de lo que había imaginado y reinaba allí un orden que sin ser nada extraordinario, era mucho para un hombre solo.

Sobre un velador había un ramo de flores en un florero.

—Veo que le ponen hasta flores —comentó Mary.

—Me las pongo yo.

—¿Le gustan?

—Me encanta todo lo exquisito.

—Es usted un hombre de buen gusto.

Y preguntó después:

—¿Me permite que siga curioseando?

—Puede usted examinarlo todo y hacer una detenida crítica.

Mary se acercó a la mesita de escritorio.

Había sobre ella un manojo de cuartillas.

Lo examinó con viva curiosidad.

—Ahora comprendo por qué leía usted en voz alta cuando he entrado yo—dijo la dama.

—¿Por qué?

—Porque es usted escritor.

—¿Qué le parece eso?

—Muy bien.

—Menos mal.

—¿Dramaturgo?

—Mi primer drama está todavía por terminar.

—Entonces va a ser dramaturgo.

—Cuando menos, voy a intentarlo.

—Usted triunfará.

—¿Lo dice para animarme?
 —Es un presentimiento.
 —Ese mismo presentimiento lo tengo yo.
 —Entonces le anticipo la enhorabuena.
 —La invitaré cuando se estrene mi drama.
 —Y yo asistiré aunque me encuentre a mil kilómetros de distancia.
 —Sé que no faltará.
 —¿Por qué lo sabe usted?
 —Es un presentimiento. Además, lo acaba usted de decir.
 Ella tenía las cuartillas en la mano.
 —¿Está usted satisfecho de su obra?
 —Las escenas de amor no me gusta como han quedado.
 —Sin duda eso es debido a la falta de práctica.
 —Sin duda.
 —Pero eso tiene remedio.
 —¿Cuál?
 —Enamórese usted.
 —Eso se dice muy fácilmente.
 —Y se consigue.
 —No depende de la voluntad de uno. Por otra parte, si uno se enamora de una mujer que no le quiere, entonces no ha adelantado nada.

—Pero usted no debe temer ese caso.
 —¿Usted cree?
 —Estoy segura.
 —¿Por qué?
 —Porque usted no es digno de que una mujer le desprecie.
 —Soy pobre.
 —¿Eso qué importa?
 —¿Cree usted realmente que no importa?
 —Lo creo.
 —Pues usted quiere a un rico.
 Mary no pudo disimular un gesto de desagrado. ¿Cómo sabía Willie que ella era novia de un hombre rico? ¿Se habría atrevido a hacer indagaciones indiscretas?
 —¿Quién se lo ha dicho a usted?
 Por el tono que había empleado comprendió Willie que no le había gustado lo que él le había dicho.
 Pero felizmente encontró una salida.
 —Lleva usted una sortija que vale un dineral y supongo que será regalo de él.
 Mary se tragó el anzuelo.
 —Usted haría un buen detective—dijo humorísticamente.
 —Me satisface mucho que me

encuentre usted tantas y tan buenas cualidades.
 Ella no había soltado las cuartillas.
 —¿Me permite usted que me la lleve para leerla?
 —Eso sí que no. Ya se la mandaré, porque quiero hacer algunas correcciones antes de que la lea.
 —La quiero leer sin correcciones, pues estoy segura de que ahora está mejor.
 —Sin embargo...
 —No me niegue usted este deseo. Me la llevo y ya se la devolveré mañana.
 La idea de volver a verla al día siguiente bastó para que Willie cambiara de parecer.
 —Si usted me promete devolvérmela.
 —Se lo prometo.
 —Pero usted en persona.
 —Yo misma vendré a traérsela.
 Recordó entonces Willie que al día siguiente estaría la tienda cerrada.
 —Se presenta un inconveniente—declaró.
 —¿Cuál?
 —Que mañana la tienda estará cerrada.

—Entonces ¿no estará usted aquí?
 —No.
 —¿Dónde estará?
 —En el lago. Acostumbro ir a pescar.
 —Entonces se la devolveré pasado mañana—dijo Mary.
 Estas palabras entristecieron visiblemente a Willie.
 —Quisiera ser ya un gran dramaturgo—dijo sin poder disimular su disgusto.
 —Me parece muy natural.
 —Aunque sólo fuera por veinticuatro horas.
 —Eso ya no es tan corriente.
 —Siendo dramaturgo por un día, es decir, mañana, podría invitarla a usted a venir al lago.
 —¿Y sin ser un dramaturgo famoso no puede usted hacerlo?
 —La puedo invitar, pero temo que usted no acepte.
 —¿A qué hora va a ir usted al lago?
 —A las tres.
 —Yo iré un poco más tarde.
 Una oleada de alegría inundó el semblante de Willie.
 —¿De veras?

—Podría surgir algún obstáculo, pero no lo creo.

—Le profesaré eterna gratitud.

Se estrecharon la mano, mientras ella, con el brazo libre, apretaba contra su pecho las cuartillas.

El apenas pudo murmurar:

—Hasta mañana.

Y ella repuso:

—Hasta mañana en el lago.

Y es que los dos estaban dominados por la emoción.

V

Pescaba a la orilla del lago.

Había elegido el lugar más poético y pintoresco.

Como la vegetación frondosa llegaba hasta la misma orilla, Willie se había sentado junto al tronco de un árbol buscando la sombra protectora de la túpida copa.

El paisaje era soberbio, un paisaje africano, de naturaleza salvaje.

Constantemente volvía Willie la cabeza esperando oír el ruido de un motor de automóvil.

Tenía la seguridad de que Mary llegaría en auto, pues no iba a hacer a pie el largo y difícil camino.

Pero, en vez de Mary, llegó un pescador con el que Willie se ha-

bía encontrado allí mismo otras tardes.

—¡Qué inoportunidad!—pensó Willie.

Precisamente había elegido aquel lugar donde había pocos peces para que nadie les molestara cuando llegara Mary.

—¡Muy buenas tardes, amigo!—exclamó el recién llegado.

—Buenas — repuso Willie secamente.

—¿Verdad que no me esperaba?

—Usted lo ha dicho.

El pescador se sentó cerca de donde estaba Willie y echó al agua el anzuelo.

Una pausa.

—¿Pican?—preguntó el amigo.

—No—repuso Willie sin disimular su mal humor.

—Pues aquí tampoco.

—Yo, en cambio, estoy bastante picado.

Otra pausa. Y otra vez le interrumpió el pescador.

—¿Todavía no pican?

—No.

—Aquí tampoco.

—El que quiera pescar no debe venir aquí.

—Eso mismo estaba yo pensando.

—Entonces ¿por qué no se va usted a otra parte?

El impertinente tuvo una sonrisa de conejo.

—Le molesta a usted que haya venido, ¿verdad?

Willie no contestó.

—Pero yo puedo estar aquí porque usted no es el amo del lago—dijo el inoportuno.

—Si lo fuera no estaría usted aquí.

—Pero como no lo es...

—Por desgracia.

Y siguieron los dos pescando, es decir, queriendo pescar sin conseguirlo.

De pronto se oyó el rumor de un automóvil.

Willie se levantó rápidamente y

vió que un coche se detenía a la orilla del lago y que de él bajaba Mary.

—Siento haber llegado tan tarde—dijo ella tendiéndole la mano.

—Usted siempre llega a tiempo para hacerme feliz—repuso él radiante de alegría.

El pescador, que miraba a Mary embobado, exclamó:

—Ahora comprendo su malestar. ¿Por qué no me lo dijo?

Estaba entregando Mary a Willie el manuscrito del drama. Los dos miraron al pescador.

—¿Se habría marchado usted si se lo hubiera dicho? — preguntó Willie.

—Naturalmente. El cuarto, no molestar.

—Pues ya lo sabe usted.

—A lo mejor ahora me quedo.

—¡Haga usted lo que quiera!—repuso Willie con muy malos modos.

El pescador, sonriendo burlonamente y dirigiéndose a Mary, le dijo:

—Señorita, otra vez haga el favor de no llegar tarde, porque se pone muy nervioso.

Y recogiendo sus útiles de pesca, se marchó.

—¿Qué ha pasado? — preguntó Mary.

—Nada, que es un pelma. No sé cómo quitármelo de encima.

—¿Y cómo va esa pesca?

—Muy mal. Los peces no pican. Pero eso es lo de menos.

Había dejado la caña sujeta con unas piedras.

—Cerca de aquí hay un banco situado espléndidamente. ¿Quiere que nos sentemos? Allí estaremos más cómodos.

—Si usted dice que el lugar es tan ameno...

Se dirigieron al banco.

Mary pudo comprobar que Willie no había exagerado. Había allí un perfume de cosa selvática, todo tenía una belleza soberbia e imponente. Era la naturaleza virgen.

—Por un momento llegué a temer que no podría venir—exclamó Mary.

—¿Por qué?—preguntó Willie.

—Porque no veía el medio de dejar a mis padres.

—¿Acaso no se lo ha dicho?

—Naturalmente.

—No lo veo tan natural.

—Porque no los conoce. Si se lo llevo a decir, mi padre no me hubiera dejado salir de casa.

—¿Es un hombre rígido?

—Es un hombre que teme a los peligros del Africa.

—Pero sabiendo que iba usted a tener a su lado a un hombre dispuesto a morir defendiéndola...

—Menos aun.

Willie calló. No consideró discreto seguir preguntando.

Y varió el tema de la conversación.

—¿Le ha gustado mi obra?

—Con esa pregunta acaba usted de demostrarme que no está seguro de sí mismo, aunque a veces trate de hacer creer lo contrario.

—Tal vez tenga usted razón. Pero para esta clase de obras ¿quién es el que puede estar seguro de que ha logrado su propósito?

—Pues me gustó muchísimo.

En la caña abandonada habían comenzado a picar los peces como si supieran que entonces no había peligro.

El ojeó las cuartillas. Se detuvo en una de ellas, precisamente en aquella en que comenzaba la escena de amor.

Y, sin anunciarlo, comenzó a leer.

Ella escuchaba atentamente. El encontraba para aquellas palabras la expresión justa.

—Cuando terminó, Mary estaba emocionada.

—¿Es usted el que no sabe escribir escenas de amor?

—Esta escena la escribí ayer.

—Y, ¿eso qué importa?

—Vaya si importa. Desde anteayer cambió para mí la vida.

Había pronunciado estas palabras dándoles el mismo tono apasionado que a las frases del drama.

Ella comprendió, pero eludió la respuesta.

En el fondo de su alma una voz le decía que ella no podía amar a un hombre como Willie y que si lo llegaba amar no sería para bien de ninguno de los dos.

Sin embargo, en una explosión de entusiasmo, en un momento en que no fué dueña de sí misma, exclamó:

—¡Quién pudiera ser amada así!

Y él contestó mirándola a los ojos:

—Estoy seguro de que lo será.

Callaron y reanudaron la conversación.

Mary tuvo frases de admiración para aquellos parajes y se mostró sumamente amable y expresiva con aquel hombre al que desde aque-

lla tarde consideraba un buen amigo y acaso algo más.

De pronto, se dió cuenta Mary de que se le había hecho tarde.

En efecto, por las montañas de Poniente se había ocultado ya el sol y una especie de humareda gris ceniza comenzaba a extenderse por el espacio.

Era el anuncio del crepúsculo, los primeros suspiros de la noche, de aquellas noches magníficas de la campiña africana en que todo reposaba en medio de un silencio augusto e imponente.

—He de marcharme en seguida —dijo ella con visible inquietud.

—Es demasiado pronto todavía.

—Me estarán esperando en casa con impaciencia.

El la acompañó hasta el auto.

Se estrecharon la mano y estuvieron así un momento, mirándose a los ojos.

—He pasado una tarde deliciosa —dijo Mary.

—Para mí serán inolvidables estas horas —declaró Willie.

El auto se alejó conducido diestramente por Mary. Willie permaneció al lado del camino hasta que el vehículo se perdió de vista.

VI

—Vamos a llegar tarde a casa del gobernador —exclamó contrariado el almirante.

Estaban esperándola para ir a casa del gobernador, pues habían prometido cenar con él.

Todo estaba dispuesto. Sólo faltaba que Mary llegara para que se pusieran en camino.

—¿Dónde estará Mary? —preguntó la madre.

—Tú debes saberlo —replicó el marido.

—¿Adónde suele ir? —preguntó la señora de Blayne a Jeffrey.

—No lo sé. Lo único que he podido averiguar es que le gusta Sudáfrica y antes no le gustaba.

—Aquí hay gato encerrado —dijo la señora de Blayne.

La conversación fué interrumpida por la llegada de Mary.

—¿Dónde has estado? —preguntó la madre.

—Paseando en auto —repuso Mary con sencillez.

—Bien podías haber paseado un poco menos. Se nos ha hecho tarde.

—Es que el motor ha sufrido una avería.

—Bien, bien, arréglate en seguida.

Antes de que salieran de casa, Jeffrey tuvo ocasión de preguntarle a Mary sin que sus padres lo oyeran:

—¿Era simpático el que te arregló el coche?

—Sí, mucho—repuso Mary sinceramente.

—Me lo figuraba.

Al día siguiente, Jeffrey se presentó en el establecimiento donde estaba empleado Willie, con el propósito de hacer indagaciones, sin darse a conocer.

—Buenas tardes, amigo — dijo campechanamente.

—Buenas tardes—repuso Willie un poco extrañado de aquella impropio cordialidad.

—¿Qué? ¿Ya está esperándola?

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser? A esa señorita que viene a comprarle cigarrillos marca la Fortuna.

Willie, muy lejos de sospechar que aquel hombre era el ayudante del padre de Mary, sonrió vanidosamente.

—Eso se queda para mí—repuso.

—¿Vino ayer tarde, verdad? — preguntó Jeffrey.

—Claro que vino.

—Y anteayer.

—Naturalmente. Pero, dígame: ¿es usted detective?

—No hace falta ser detective para saber ciertas cosas que es difícil

ocultar. Además, en el Africa se sabe todo.

—Pues es una contrariedad. Yo estando en Africa lo mismo que estando en China, no me preocupo de lo que no me importa.

—¡Es que aquí se aburre uno tanto!

—Pues hay otros medios más discretos de divertirse: por ejemplo, se compra uno un pim, pam, pum.

—¿Se ha molestado usted?

—Tanto como eso, no. Pero, dígame: ¿qué desea?

—¿Tiene cigarrillos Banda Azul?

—No. Sólo tenemos la Fortuna.

—Pues a mí esos no me gustan. No los he fumado jamás.

El propósito de Jeffrey no era otro que el de disimular para que Willie no sospechara ni remotamente quién era él.

Y añadió:

—Pero puesto que usted no tiene otros, fumaré cigarrillos la Fortuna.

Fué a buscarlos Willie.

Cuando volvió con ellos, Jeffrey reanudó su interrogatorio:

—¿Es usted inglés?

—Sí, señor.

—¿Se aburre?

—A veces.

—Pues yo tengo una receta infalible para el aburrimiento.

—¡Ah! ¿Sí?—preguntó Willie con indiferencia.

—Sí: una mujer. ¿Tiene usted novia?

La pregunta demasiado íntima molestó a Willie.

—¿Ha venido usted a comprar o a preguntar?—replicó.

—¡Siento haberle molestado!

Y Jeffrey se marchó cuando ya se había enterado de todo lo que quería enterarse, o, por lo menos, de casi todo.

* * *

Cuando la madre, ya vestida, entró en la habitación de Mary, ésta no se había arreglado aún.

—¿Es que no vienes, Mary?

—No, mamá. Me ha aumentado el dolor de cabeza. Dile a los señores de Wilson que me perdonen.

Pero lo cierto era que Mary no quería ir con sus padres para poder hacer la habitual visita a Willie.

Antes de salir, Jeffrey pudo hablar con ella.

—¿Sabes que estás encantadora?

—Eres muy amable, Jeffrey.

—Te equivocas si crees que lo digo para halagarte.

—Entonces tendré que creerlo y agradecerlo.

—¿No has ido con tus padres?

—Ya ves que no.

—¿Puede preguntarse por qué?

—Ya sabes que las visitas de mis padres me aburren.

—¿Es ese solo el motivo?

—¿Qué otro podría ser?

—Es verdad. En Africa suelen decirse muchas tonterías.

—No sabía que el Africa tuviera esa cualidad.

—No es el Africa precisamente, sino el aburrimiento que aquí se respira.

—Los hombres os aburrís muy pronto.

—Tú, en cambio, ya no te abu-

rres, a pesar de que bien te aburrías antes.

—Todo cambia en esta vida.

—¡Ojalá viniera para mí uno de esos cambios!

—¿Qué quieres decir? Hablas con reticencia.

—Te lo imaginas tú.

—Yo no me imagino nada. Lo deduzco.

—Pues deduces mal.

Pero como Jeffrey estimaba a Mary de veras y creía que Willie no le convenía, cuando halló una oportunidad, se lo contó todo a sus padres.

VII

La madre fué la más contrariada.

—¿Estás seguro de eso, Jeffrey? — exclamó, resistiéndose a dar crédito a lo que consideraba una gran desgracia para su hija.

—Completamente seguro.

—¡Un tendero!

Y volviéndose a su marido, exclamó:

—¿Y tú no dices nada?

—¿Qué quieres que diga? Nuestra hija es una tonta si deja a un lord millonario por un simple dependiente de comercio.

—Les advierto — dijo Jeffrey con su habitual sinceridad—, que parece un muchacho muy decente.

—¡Eso no basta para hacer a una mujer feliz!—exclamó la se-

ñora de Blayne—. Sería una locura, ¡una verdadera locura! ¡Esta hija mía no sé en qué está pensando!

Y comenzó a pasear por la habitación agitadamente.

—Es preciso discurrir algo. Hay que pensar una solución sin pérdida de tiempo.

Jeffrey y el almirante callaban.

—¿No se te ocurre nada? — preguntó la señora de Blayne a su marido.

—La verdad: no se me ocurre.

—¡Qué hombres estos!

—¿Y a ti? ¿Se te ocurre?

—Tampoco.

—¡Qué mujeres estas!

—¿Habremos de resignarnos a

ver nuestra hija casada con un mequetrefe?

—¡Eso, no! — protestó el almirante—. Primero hago expulsar de Africa del Sur a ese joven.

La enérgica declaración tranquilizó a la señora de Blayne.

—¿A ti no se te ocurre nada, Jeffrey?

—Sí, señora.

—¿Qué se te ocurre?

—Que se la lleven en el primer barco que salga.

—Ella no querrá.

—Hay que hacerla querer.

—¿Cómo?

—Inventen cualquier cosa. Por ejemplo, que está enfermo alguien de la familia.

—No está mal la idea.

—El caso es llevársela de aquí. Es el único medio de que la cosa

no se complique más de lo que está.

—¿Qué quieres decir con eso de la complicación?

—Que Mary podría enamorarse más de lo que está de ese joven. Y entonces, vaya usted a saber lo que pasaría.

—Realmente, hay amores terribles.

—Como los de Romeo y Julieta o la pasión de los amantes de Teruel.

—No hagas alusiones históricas, Jeffrey, que me horrorizas.

—Ahora ya no hay motivo para horrorizarse. Está todo en vías de solución.

—Nada más que en vías.

Y la señora de Blayne lanzó un suspiro. La idea de que su hija se casara con un dependiente de comercio se le había metido en la cabeza como un fantasma.

* * *

Dos días después, la señora de Blayne decía a su hija con cara de dolor:

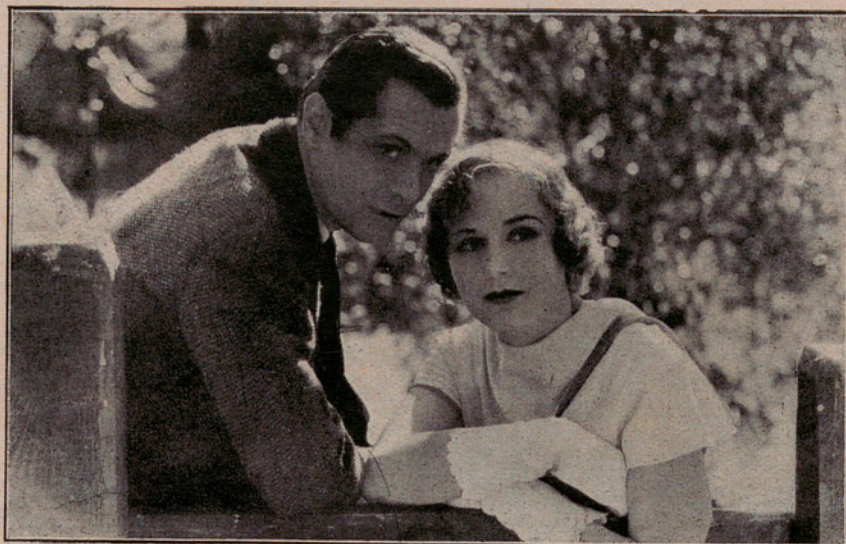
—Se ha recibido un cable de Inglaterra. Tía Margaret está muy enferma.



—Hasta mañana en el lago.



Los dos miraron al pescador.



—¡Quién pudiera ser amada así!



Mary tuvo frases de admiración
para aquellos parajes...



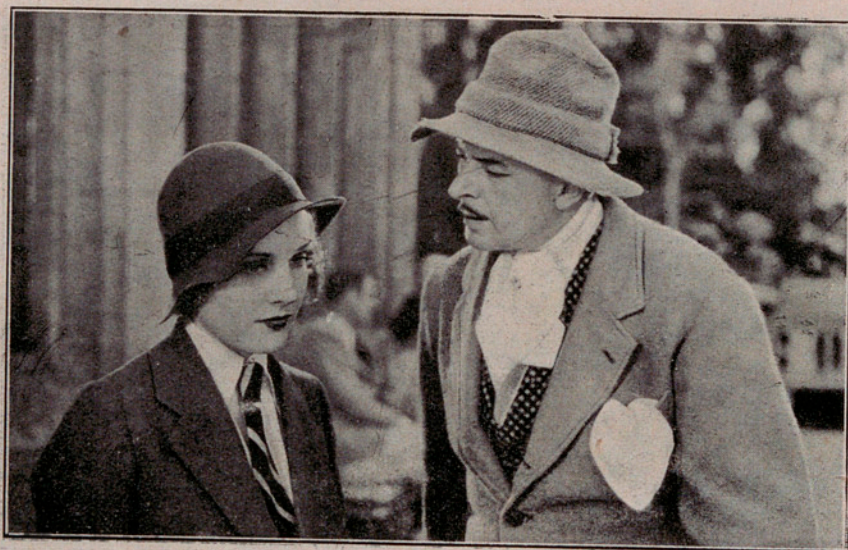
—He pasado una tarde deliciosa...



—Esta tarde estás triste. ¿Qué tienes?



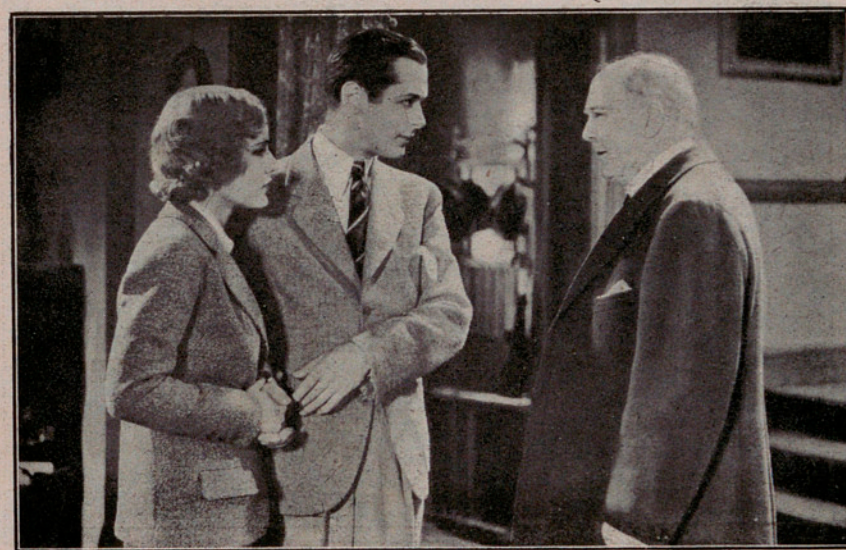
Era tarde y tuvieron que separarse.



—¿Quieres que vayamos a ver los perros?



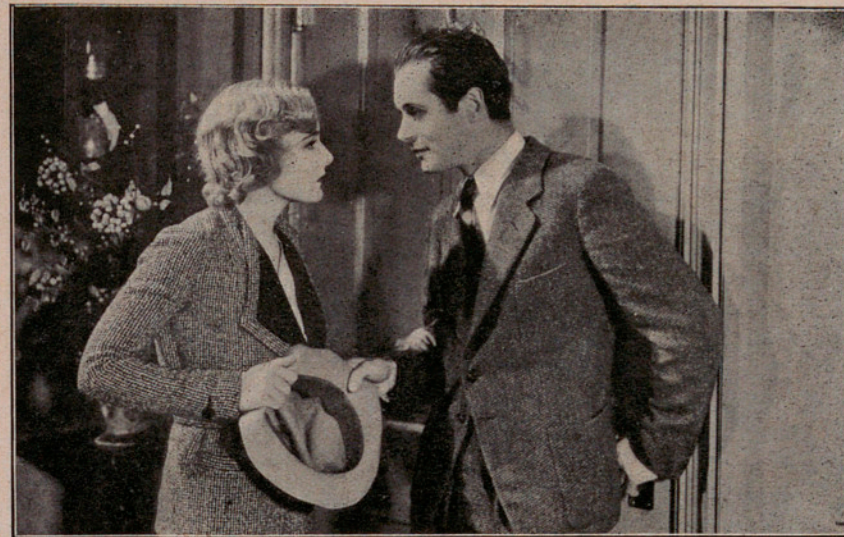
—Prefiero que vengas tú a verme todos los días.



—Por última vez, ¿la va a dejar marchar?



—No, Mary. Es, sencillamente, que pienso en ti y estoy preocupado.



... Willie salió decidido a encontrar trabajo.



—Conseguí un trabajito y traje esto.



—O me pagan hoy mismo o van a la calle.



—Vengo a decirle que tenía usted razón en todo.

C O R A Z O N E S V A L I E N T E S

—¡Pobre tía Margaret!

Era el pariente más querido de la familia Blayne.

—¿Y qué piensas hacer? — preguntó Mary.

—Tenemos que salir mañana mismo.

—¿Todos?

—Tú y yo.

—Mary palideció.

—¡Oh, mamá! Yo no podré ir.

—¿Por qué, hija mía? — preguntó la señora de Blayne, fingiendo extrañeza.

—Pero si no hay ni siquiera tiempo de hacer los baúles, mamá. Y cuando lleguemos, la enfermedad ya se habrá resuelto y nosotras no pintaremos nada allí.

—Es preciso que vayamos, hija mía.

—Ve tú sola, mamá. ¿Qué falta le hago yo a tía Margaret?

—¿Serás capaz de dejarme ir sola con tantas penas? ¿Consentirás que al dolor de esta noticia se una el de tener que separarme de ti?

Y como Mary no parecía dis-

puesta a dejarse convencer, la señora de Blayne añadió:

—Además, me extraña esta actitud, después de haber insistido tanto sobre nuestra marcha.

¿Qué razonamientos podría exponer Mary? ¿Podía decir la verdad? Esta idea fué desechada al punto. Eso equivaldría a una catástrofe.

Decidió callar, y este silencio fué aprovechado por la madre para insistir:

—No me dejarás ir sola, ¿verdad, hija mía?

Y ella, perdida ya toda continencia y todo dominio de sí misma, exclamó:

—¡Esto es horrible!

—También lo es para mí, hijita. Vamos, prométeme que me acompañarás.

En los ojos de Mary comenzaban a brillar las lágrimas.

En su interior se había entablado una lucha cruel.

Pero al fin triunfó el sentimiento del deber y prometió:

—Sí, iré contigo.

VIII

—Esta tarde estás triste. ¿Qué tienes?

La pregunta la había hecho Willie al ver la nube que cubría el semblante de Mary.

En toda la tarde no había visto disipada aquella niebla que velaba su mirada y hacía opaca su voz.

Ella repuso vagamente:

—A veces se está triste sin saber por qué.

Y añadió:

—Recítame algo. Mi espíritu lo necesita, así como a veces necesita oír una música evocadora.

El le recitó unos bellos versos. Cuando terminó, la cabeza de Mary estaba reclinada en su hombro con una expresión extática.

Se dieron un largo beso.

Ella, como reaccionando de súbito, se separó de él.

—Mañana sale un barco — dijo con voz sorda.

El se estremeció, comprendiendo lo que aquello quería decir.

—¿Y te vas tú? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No quería amargarte la tarde.

Callaron. Fué un silencio que cayó como una pesada capa de plomo sobre ellos.

Los ojos de Mary estaban cada vez más brillantes.

Willie los fijaba con angustiosa impavidez en la lejanía.

—Dime algo, Willie — imploró ella.

Y él repuso amargamente:

—Quizás pasen muchos años an-

tes de que tenga derecho a decirte nada.

Y Mary comprendía que Willie tenía razón.

Ella se marchaba porque aquel matrimonio no podía realizarse. Ella no se había dejado engañar por su madre, pero compartía su opinión de que aquel viaje era preciso.

Volvieron a caer en un mutismo angustioso.

Ella, de pronto, en un arrebato de amor y desesperación, se quitó el anillo.

—¿Quieres que lo tire? — preguntó.

—¿Y después?

—Lo que tú quieras.

—No, Mary. Aunque realmente estuvieras decidida a tirarlo, yo no lo consentiría.

—Es tu anillo el que yo quiero llevar.

—Mi anillo, Mary, podría verte bien ahora, pero poco a poco se te iría aflojando y acabarías por

perderlo. No quisiera que fueras mía para después perderte.

—Es que yo tampoco te querría perder. Lo dejaría todo por ti.

El la miró a los ojos.

—¿De veras lo dejarías?

—De veras.

—¿No te arrepentirías?

—No.

Pero el semblante de Willie se nubló nuevamente.

—Tienes tiempo de pensarlo. Hasta mañana no sale el barco. Si vuelves es que estarás realmente decidida. Si te vas será señal de que has cambiado de pensamiento.

Así quedaron.

Era tarde y tuvieron que separarse.

Noche de insomnio, noche de angustia para los dos, noche en que iba a decidirse el destino de ambos.

Y al día siguiente Mary se embarcó. Se iba con el corazón destrozado, pero comprendiendo que cumplía con su deber, con el deber de no contrariar a sus padres y de no dejar que su destino se torciera.

IX

Acodada en la borda, contemplaba la inmensidad del mar.

Por sus ojos pasaban todas las tristezas de los últimos acontecimientos de su vida. Y su alma parecía estar flotando en un mar como aquel, un mar en el que las olas eran embates de amargura.

Se acercó a ella Jeffrey.

—¿Qué te pasa, Mary? ¿Tanto te pesa dejar Africa?

Y ella respondió de un modo que no era un enigma para Jeffrey:

—No debiste mandarme a comprar los cigarrillos.

Volvió a Jeffrey la espalda y se echó en una hamaca.

Abrió un libro. Intentó leer. Pero su pensamiento estaba muy lejos de aquellas páginas.

La señora de Blayne advertía el dolor sincero y profundo de su hija.

Pero ¿lo compartía? Nada de eso. Por el contrario, estaba muy contenta.

Para ella tenía mucha menos importancia un disgusto de Mary que el disgusto general que habrían sufrido de seguir adelante aquellos amores.

En el buque la belleza de Mary había despertado en torno de ella una atmósfera de curiosidad y admiración.

Dos caballeros pasaban y volvían a pasar por delante de ella con la esperanza de recibir una mirada que les abriera el camino.

Pero Mary ni siquiera se había

dado cuenta de que era objeto de tanta admiración.

—¡Es una preciosidad! — dijo uno de ellos.

—Acuérdate de que eres casado.

—¡Vaya un recuerdo inoportuno! Además, tú quieres que me acuerde de eso para que te deje a ti el camino libre.

—No me gusta molestar a los amigos.

—No esperaba menos de ti.

—Tú la has descubierto: a ti te pertenece.

—¿Qué podré hacer para hablar con ella?

—Para un hombre que tanta práctica tiene en el flirt, eso debía ser sumamente fácil.

Animado por estas palabras, el donjuán exclamó:

—Ahora verás.

Y se dirigió a Mary resueltamente.

—Señorita — dijo con afectada galantería—. ¿Podría presentarme yo mismo?

Ella no contestó. No se alteró una sola facción de su rostro. La demostración de desprecio no podía ser más absoluta.

—Perdóneme — dijo el caballero—. Debía haber buscado quién me presentara.

—Me alegro de que no lo haya hecho — contestó entonces Mary.

Y el donjuán se retiró confuso.

—¿Qué tal te ha ido? — le preguntó el amigo cuando se volvió a reunir con él.

—Demasiado fría. No es esa clase de mujeres la que a mí me gusta.

* * *

Jimmy, el riquísimo prometido de Mary, las esperaba en el muelle.

Por muchos esfuerzos que Mary hizo, no pudo ser amable con él.

Jimmy lo advirtió.

—¿Qué te pasa? Estás muy des-

mejorada. Ya verás qué pronto te repones. Organizaré en mi castillo una cacería en tu honor.

—Es que estoy cansada del viaje. Necesito dormir.

Después le presentó a Jeffrey.

Y cuando pudieron hablar solos, Mary preguntó a su amigo:

—¿Qué efecto te ha producido Jimmy?

—Excelente.

—Es que tú tampoco ves más allá de los billetes de Banco.

—Me extraña que tú hables así, siendo Jimmy tu prometido.

Y Mary no le pudo explicar cómo podía haber ocurrido aquello, no le pudo decir que cuando concedió su mano a Jimmy no había conocido aún a Willie.

No pudo decirle, en fin, que Willie era todo espiritualidad y Jimmy todo materia.

Mirando su cara y su tipo, resultaba todavía más incomprensible que Mary se hubiera comprometido a casarse con él.

Era un hombre alto y recio, pero sin arrogancia. La nota más ca-

racterística de aquel corpachón era la rudeza. Por otra parte, tenía lo menos diez años más que Willie.

Ahora se dió cuenta exacta Mary de la diferencia que reinaba entre ellos.

Si antes de tomar el barco hubiera podido ver a Jimmy, tal vez no se habría embarcado.

La señora de Blayne, cuando se enteraba de estas lamentaciones de Mary, se limitaba a exclamar:

—¡Pobre hija mía!

Pero en el fondo de su alma no experimentaba más que alegría al verla libre del peligro que la había amenazado en Africa del Sur.

Y es que su pasión de madre la cegaba, le impedía comprender que la felicidad de Mary estaba en el Africa del Sur y que en Londres sólo podía encontrar el infortunio.

X

Mary se aburría soberanamente.

El magnífico castillo de Jimmy estaba repleto de invitados.

La mejor sociedad londinense se había reunido allí. Sin embargo, Mary se sentía sola.

El lord, comprendiendo que se aburría, decidió distraerla.

—¿Quieres que vayamos a ver los perros, Mary? — le preguntó con el tono de quien hace un gran obsequio.

Pero ella, en vez de entusiasmarse, preguntó:

—¿Cómo es que te gustan tanto los perros?

—A mi abuelo y a mi padre tam-

bién les gustaban mucho. Por lo visto lo llevamos en la sangre.

—¡Ah!

Y Mary añadió para sus adentros:

—Menos mal que lo reconoces.

Jimmy advertía en ella algo raro, pero no sabía qué era.

—¿Sabes una cosa, Mary? — le preguntó.

—¿Qué?

—Que no eres la misma.

—Eso es que te lo imaginas tú — repuso la joven evasivamente.

Y en este momento se presentó un criado a anunciar que el almuerzo estaba servido.

* * *

Durante toda la comida, Jimmy estuvo hablando de perros y caballos.

Cuando llegaron a los postres, Mary, incapaz de soportar por más tiempo tanta pobreza de espíritu, se levantó.

—¿Qué te pasa? — le preguntó Jimmy.

—Nada. Perdóname. Es que me duele un poco la cabeza y quiero tomar el fresco, a ver si me despejo.

Y se marchó al jardín.

Poco después, allí la encontró Jeffrey escribiendo un nombre en la arena.

Y este nombre era "Willie".

Un gran bullicio hizo volver a Mary a la realidad.

Al ver a Jeffrey a su lado, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Que acaban de nacer seis perritos.

—¡Gran acontecimiento! — exclamó irónicamente—. Seguramente los bautizará el arzobispo.

—A pesar de todo — repuso Jeffrey, que había sabido leer en su pensamiento—, haces bien en casarte con Jimmy. Con su dinero podrás hacer todo lo que te plazca. Serás la mujer más envidiada de Londres. Sólo has de tener cuidado en una cosa.

—¿Cuál?

—En dejarlo ir de caza siempre que lo desee.

—Pero estaba pensando que vivir con un hombre así debe de producir la impresión de que se halla una en un parque zoológico.

—No lo creas. Los primeros días tendrás que soportarle. Después, como sois distintos, cada cual irá por su lado.

—Pero un matrimonio así es una inmoralidad.

—En estos tiempos son así el cincuenta por ciento de los matrimonios.

—¡Qué prosaico te has vuelto, Jeffrey!

—Yo soy como he sido siempre. La que has cambiado eres tú.

—¿Quieres decir que he mejorado?

—O que has empeorado. Porque en este mundo nunca se sabe lo que es mejor.

Hubo una pausa. Mary se dejó absorber por sus pensamientos, por aquellos recuerdos imborrables.

Y hablando consigo misma, pero en voz alta, exclamó:

—¡Quizás no hubiera podido vivir con dos libras semanales!

Este era el sueldo que Willie le había dicho que ganaba. Ella había lanzado esta exclamación para consolarse.

—¿De modo que hay alguien que gana dos libras por semana? — preguntó Jeffrey.

—Sin duda hay muchos.

—Pero yo me refiero a ese que tanto te interesa a ti.

—No sé de qué me hablas.

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí.

—Pues me refiero a Willie.

Ella se estremeció.

—¡Willie! — exclamó—. ¿Qué sabes tú de Willie?

Y Jeffrey señaló aquel nombre que ella había escrito en la arena.

Mary lo leyó y no hizo el menor comentario.

Momentos después su doncella le daba la noticia de que la Agencia acababa de decir por teléfono que el joven por quien ella preguntaba había embarcado en el Africa del Sur, hacía tres semanas, camino de Europa.

XI

Willie estaba escribiendo a máquina en un cuartito que había alquilado en un suburbio de Londres.

Le había sido imposible permanecer en las soledades de Africa cuando Mary se marchó.

Su amor había llegado a uno de esos extremos en que es imposible para el enamorado vivir lejos del objeto de su amor.

Pero Willie no tenía ya la menor esperanza. Cuando se enteró de que Mary había partido en el barco, comprendió que todo estaba perdido y sintió como si sobre su corazón cayera una densa sombra.

Ya no podía permanecer a solas en la tienda. Aquella soledad que antes tan grata le parecía, porque le permitía dedicarse a pensar plena-

mente, fervorosamente, en Mary, ahora le parecía lúgubre y siniestra.

Ya no volvió al lago. No podía ver aquellos lugares donde horas tan inolvidables había pasado en compañía de la dulce amada.

Noches de insomnio, de pesadilla. Y, por fin, decidió salir de aquel desierto, volver a su patria, cuya nostalgia, en aquellos momentos de sentimentalismo, volvía a sentir.

Un problema doloroso se había presentado a su corazón.

Por un lado estaba seguro de que Mary no sería nunca suya; por otro, no podía soportar la idea de saberla perdida.

Cuando llegó a Londres, tuvo miedo de ir a su casa, miedo a su

padre, a aquel padre incomprensivo que creía que la literatura era cosa de holgazanes, a aquel hombre insensible a las emociones y a las bellezas de la poesía.

Y envió un recado a su madre anunciando su arribo, y ella había ido inmediatamente a visitarle, con el corazón trémulo de alegría.

—¡Willie! ¡Hijo mío!

Y al mismo tiempo que este grito se escapaba de su pecho maternal, abrió los brazos y estrechó entre ellos a aquel hombre en quien ella siempre veía un niño, un hijo de sus entrañas.

—¿Por qué no vienes a vivir a casa? — preguntó, implorando.

—Prefiero que vengas tú a verme todos los días—repuso Willie, sin explicar el motivo.

Era un cuarto humilde, situado en uno de los pisos más altos de un

gran edificio levantado en los barrios más apartados de Londres.

En la máquina de escribir había una cuartilla, y junto a ella un montón de hojas escritas.

—No esperaba verte levantado tan temprano, hijo mío — dijo la madre.

—Es que no me he acostado.

—¿Que no te has acostado?

—No. He pasado la noche trabajando.

—¡Ingrato trabajo, hijo mío, que te priva de descansar! ¿Por qué no te buscas una colocación?

—Cuando se me acabe el dinero la buscaré. Entretanto sólo haré una cosa: escribir.

La madre no insistió. No quería llevar la contraria al amado hijo que no había conseguido conquistar la simpatía de su padre y al que éste le había negado siempre todo deseo.

* * *

Días después se celebraba en el castillo del lord la fiesta de esponsales.

Un derroche de lujo y regalos.

Las personalidades más distinguidas habían acudido a la invitación de Jimmy y los regalos valiosos habían llovido.

El padre de Mary había llegado de Africa del Sur para asistir, primero, a aquella fiesta y después a la de bodas.

Y en medio de tanto esplendor y de tanta alegría, el alma de Mary parecía ser víctima de un naufragio.

Navegaba a merced de las olas de la desilusión, en triste aislamiento.

Su pensamiento se rebelaba a ceñirse a los cauces que le trazaba la voluntad paterna. Desplegadas sus alas, volaba por regiones donde imperaba una felicidad que ella no podría alcanzar nunca.

Bailaba. Recibía los parabienes de los invitados, respondía a las palabras y a las sonrisas de todos, iba con ellos al salón donde los regalos estaban expuestos para mostrarlos y dar sobre ellos detalles interesantes; pero, en el fondo de su alma, tenía bien presente lo que no podía olvidar. Todo aquello era exterior y obedecía a un esfuerzo sobrehumano de su sentimiento del deber.

Y cuando estaba bailando con uno de los invitados, llegó un recado para ella.

Era un envoltorio enviado desde el mismo Londres.

—Un regalo más — pensó ella con indiferencia.

Pero al leer en la tarjeta prendida en el exterior el nombre del que se lo enviaba, empalideció.

Aquel regalo era de Willie.

Se ausentó del salón con el paquete y en el jardín, en la soledad del jardín, lo abrió.

Era un regalo modestísimo, pero con él llegaron unas palabras escritas que parecieron a Mary un tesoro.

La carta decía sencillamente:

Querida Mary: El único valor que tiene este regalo es la intención con que te lo mando. He venido a Londres porque aquella soledad que antes me agradaba ahora me parece espantosa. Estoy terminando la obra que tú crees ha de ser un éxito. Te deseo toda la dicha del mundo. Willie.

Leyendo y releiendo la querida carta estaba, cuando oyó la voz de Jimmy junto a ella.

Le pareció que de súbito pasaba del día a la noche, de lo más bello y espiritual a lo más material y prosaico.

El la rodeó ávidamente con sus brazos.

—¡Dentro de poco serás mía! —

murmuró con voz trémula de sensualidad.

Ella se deshizo disimuladamente de aquellos brazos.

Jimmy añadió:

—Pasaremos la luna de miel en casa de Fletcher. Allí hay buena pesca, buenos caballos y ni un solo vecino. A veces la soledad es el mejor regalo.

Otra vez la había rodeado con sus ávidos brazos y otra vez se desasíó ella.

—¿Acaso no vamos a casarnos?

—dijo él en son de protesta.

—Sí, pero ahora estoy cansada. Me voy a acostar. Buenas noches, Jimmy.

Y huyó de él con la carta de Jimmy apoyada en su pecho.

XII

¿Iba a acostarse Mary, como había dicho?

No. Iba a releer veinte veces más aquella carta, a aspirar su perfume inefable, a soñar con ella en las manos.

Y de pronto una idea, una tentación, nació en su alma al calor del convencimiento de que no podía casarse con Jimmy.

Le importaba poco que estuviera todo arreglado y que volverse atrás significara un acto incalificable.

No le importaba nada que no fuera aquel amor verdadero y profundo que le inspiraba Jimmy.

Cuanto más se acercaba el momento de su boda, más claramente veía que sería un gran error aquel matrimonio. Ella sería profunda-

mente desgraciada si se casaba con aquel hombre cargado de millones y vacío de espiritualidad.

El deber había podido ser un freno para los impulsos de su corazón hasta que la inminencia del peligro produjo en ella algo así como un movimiento del instinto de conservación.

Con la carta en la mano daba vueltas en su magín a aquel pensamiento, a aquella tentación que se había apoderado de ella.

Ir a verlo. Ir a contárselo todo, ir a decirle que se quedaba con él para siempre, que ella no podía amar a nadie más que a su Willie.

De pronto se puso en pie y dijo: —Sí, iré.

Y salió del castillo disimuladamente y se dirigió a casa de Willie, a aquellas señas que él le había indicado en su carta.

* * *

La patrona se quedó mirando a Mary de arriba abajo cuando ella preguntó por Willie.

¿Una mujer a aquellas horas? Eso le olía mal.

—Está durmiendo — repuso áspicamente.

—Es preciso que le vea — insistió Mary.

—Pues vuelva mañana.

—Ha de ser ahora. Mañana ya no estaré aquí. He de leerle un poema.

La patrona entró a llamar a Willie.

—Una señorita desea verle.

—Que vuelva otro día.

—Eso le he dicho yo, pero no quiere.

—¿Qué desea?

—Leerle algo.

—¡La *débâcle*! En fin, resignación. Ya la avisaré cuando pueda entrar.

Y cuando a los pocos momentos

abrió la puerta del cuarto y se encontró con Mary, se estremeció.

—¡Tú!

—Ya lo ves.

—¿A qué has venido?

—Ahora lo sabrás.

Y entró decididamente en el cuarto de Willie.

El la siguió y cerró la puerta. Los ojos de los dos se encontraron.

—¿Quieres ser mi marido? — preguntó Mary con decisión.

—¿Qué dices?

—Que estoy decidida a casarme contigo, pase lo que pase. Te amo. Nada ni nadie podrá borrar este amor que me empuja hacia ti.

—Pero ¿no comprendes que esto es una locura?

—Creo que más locura habría sido casarme con un hombre al que detesto.

—Pero ¿tu familia?...

—Ellos no se preocupan de mi felicidad. ¿Por qué tengo que pre-

ocuparme yo de ellos? He dejado una carta explicándoles mi resolución.

Jamás había experimentado Willie una emoción tan profunda, una alegría tan grande; pero, en vez de demostrarla, dijo:

—Debes volver. Sólo tengo treinta y cinco libras.

—Yo tengo cincuenta. Ya son ochenta y cinco.

El estaba radiante de felicidad.

—¿Puedo preguntarte por qué has hecho esto?

—¿No te lo he dicho? Porque te amo.

—¿Estás segura de que no te arrepentirás?

—Tan segura como de que habría sido desgraciada casándome con Jimmy. Además, tú me necesitas. No podrías triunfar sin mí. ¿Qué dices a eso? ¿Es que te desagrada que haya venido?

—Sólo puedo decir una cosa, Mary. ¡Esto es maravilloso!

Y la estrechaba entre sus brazos en el colmo de la felicidad.

De pronto se oyó el ruido de un auto que se detenía ante la puerta de la casa.

Desde la ventana reconoció Mary el automóvil del almirante.

—¡Es mi padre! — exclamó con visible inquietud.

Y aun se mostró más inquieto Willie al decir:

—Se te llevará.

—¡Eso no lo podrá hacer nadie!

— exclamó Mary con energía.

—Entonces saldré yo a recibirle. Tú quédate aquí. Ahórrate la violencia de esta entrevista.

Y Willie fué a recibir al almirante, mientras Mary, pensativa, permanecía en la habitación.

XIII

Sin embargo, no tuvo paciencia para oír los insultos que su padre dirigía a Jimmy y salió de la habitación para afrontar el difícil momento.

Su padre, al verla, se encaró con ella y le preguntó:

—¿Qué significa esto, Mary?

—Que me voy a casar con Willie...

—Pero el escándalo, la vergüenza...

—Sólo pensáis en eso. En cambio, mi felicidad poco os importa.

—Piensa lo que vas a hacer, Mary. Piensa lo que eso significaría para tu madre y para mí.

—¿Y no pensáis lo que para mí significaría el casarme con Jimmy?

—¡Qué dirá la gente! Vas a poner en ridículo a Jimmy.

—Ya le pasará con los perros y los caballos.

Cada vez más fuera de sí, el almirante exclamó:

—¿De modo que estás decidida a casarte con ese tendero?

—Completamente decidida.

El padre se encaró con Willie.

—Me ha robado usted a mi hija.

—El no sabía nada — le defendió Mary—. Soy yo la que he querido venir.

—Si le queda algo de vergüenza — continuó el almirante, dirigiéndose a Willie—, la dejaré marchar.

Willie repuso humildemente:

—Comprendo sus razones. Mi situación es difícil. El otro, en cambio, es rico. Pero no sería este el primer caso de una mujer que quiere a un pobre y rechaza a un rico.

—La ha envenenado usted con sus literaturas. ¿No comprende que la va a hacer desgraciada? ¿Qué porvenir tiene? ¿Qué garantía de bienestar puede ofrecerle? ¿Qué perspectiva de paz ni de felicidad puede darle?

—¡No quiero volver! — le interrumpió Mary, al ver que Willie empezaba a dejarse convencer.

—No hablaba contigo — replicó el padre, ásperamente.

Y añadió, dirigiéndose a Willie:

—Por última vez, ¿la va a dejar marchar?

—Es ella la que ha de decir si quiere marcharse — repuso el joven.

—Y yo digo que no quiero marcharme — declaró Mary, enérgicamente.

El padre la envolvió en la indignación de su mirada.

—Está bien. Ya te arrepentirás. No os daré ni un céntimo. Y cuando él haya fracasado y os encontréis en la miseria, puedes volver a casa, pero sola. ¿Lo oyes? ¡Sola!

—¡No volveré jamás!

El almirante les volvió la espalda y salió profiriendo en voz baja exclamaciones de indignación.

* * *

Se casaron al mismo día siguiente. El pastor fué el único que presenció la ceremonia y el único que pudo darles la enhorabuena.

Incluso salió a la puerta a despedirlos.

Ellos le dieron las gracias y comenzaron animosamente la nueva

vida que el cielo les había deparado.

—¿Crees que hemos hecho mal, Willie? — preguntó ella.

—No, Mary. Nunca he creído que hiciéramos mal.

—Entonces, ¿por qué lo decías?

—Porque no quería correr con

la responsabilidad de tu desdicha si te hubieras equivocado. Además, quería convencerme de que me amabas de verdad.

—¿Lo has dudado alguna vez?

—Los que amamos tanto como yo te amo a ti, siempre estamos un poco celosos. Nuestro amor es tan grande que nos ciega.

—Ahora olvidemos todo lo pasado.

—Es verdad. Sólo debemos pensar en el presente.

—Mejor aún, en nuestra felicidad presente.

Y se dieron un beso que fué como un digno broche de aquella mutua y apasionada promesa.

XIV

—¿Qué saben de Mary? — había preguntado Jeffrey.

—Nada desde que se casó, hace tres meses — repuso el almirante.

—¡Ojalá su obra sea un éxito!

—¿Su obra? — exclamó el padre, riendo sarcásticamente—. Esa obra nunca se la estrenarán. Pronto volverá Mary muerta de hambre y odiándolo.

¿Podía esperar eso de Mary?

La suposición no podía ser más aventurada. La único cierto era que el matrimonio empezaba a pasar toda suerte de calamidades.

Un día Mary se presentó con unos paquetes cuando él estaba escribiendo.

—¿De dónde has sacado todo eso? — preguntó Willie, sorprendido.

—He vendido mi coche.

El no pudo disimular una mueca de dolor. Era horrible para Willie ver cómo Mary tenía que buscar el dinero que él no sabía llevar a casa.

—Esto no puede continuar—exclamó—. He de buscar un empleo.

—Lo que tienes que hacer es terminar la obra. Entonces me comprarás un Rolls y no nos faltará nada.

—Eres muy buena, Mary. Lo dices para animarme.

—Lo digo porque estoy segura

de que te la estrenarán y tendrá un gran éxito.

—Ya lo has dicho otras veces.

—¿Es que pierdes la confianza y el valor?

—No, Mary. Es, sencillamente, que pienso en ti, y estoy preocupado.

—Lo único que me importa es tu triunfo. Estoy dispuesta a todo para ayudarte. Supongo que no me harás quedar mal.

—Eso es lo que me da miedo: hacerle quedar mal.

* * *

Entró en la casa de empeños y depositó una pulsera en la ventanilla.

El tasador se la quedó mirando con expresión compasiva.

—Veo que ha vuelto usted.

—No he tenido más remedio.

El tasador examinó la pulsera.

—¿Cuánto quiere?

—Ponga usted precio.

—Lo más que puedo darle son tres libras.

—Está bien.

Y mientras el empleado le hacía la papeleta, el tasador le preguntó:

—¿No van mejor las cosas, señora?

—No, pero irán — repuso ella con firmeza.

—Ojalá le salga todo bien. Sé distinguir a los que merecen ser felices.

—Gracias.

Y Mary tomó el dinero y se marchó.

* * *

Estaba durmiendo Mary y escribiendo Willie, cuando llamaron a la puerta.

Willie fué a abrir y se encontró frente a frente con la portera.

Se echó a temblar. Era una señora de cuidado y le debía varios recibos.

—¿Todavía no trabaja usted? — le preguntó con tono amenazador.

—Toda la noche estoy trabajando — repuso Willie.

—¿Usted trabajando? ¿En qué?

—Escribiendo.

—¿Y a eso le llama usted trabajar? En vez de tanto escribir, más valiera que le diera de comer a su mujer.

—Buscaré un empleo.

—Y a ver si me paga de una vez.

—Le prometo que esta semana...

—¡Ya, ya! Otra semana de plazo. Pero le advierto que si esta vez no cumple su palabra, se tendrá que marchar del piso.

Poco después, Willie salió decidido a encontrar trabajo.

Pero por mucho que anduvo e hizo visitas, en todas partes recibió la misma respuesta:

—Por ahora no necesitamos a nadie.

Descorazonado, emprendió el regreso a casa.

Pero se detuvo al recordar que aquel día no tenían nada para comer.

Mary había empeñado ya todo lo empeñable.

¿Podía presentarse en casa sin llevar comida? ¿No tenía razón la portera al decirle que en vez de tanto escribir lo que debía procurar es que a su mujer no le faltase la comida? ¿Qué culpa tenía Mary de que a él le hubiera dado por la literatura?

Se había hecho todas estas reflexiones ante una carnicería.

Y al contemplar los trozos de carne que pendían de los ganchos, concibió un propósito arriesgado. Todo antes de que Mary se quedara sin comer aquel día.

XV

Aprovechando un descuido del carnicero, ocultó debajo de su americana un buen trozo de pierna de cordero.

Primero se alejó a paso natural, disimulando, pero apenas dobló la esquina, aceleró la marcha.

—¿Dónde has estado todo el día? — preguntó Mary al verle entrar.

—Buscando trabajo.

—¿Y cómo te ha ido?

—Conseguí un trabajito y traje esto — repuso Willie, mostrando a Mary el trozo de carne.

Ella miró la carne primero y después los ojos de Willie, con escrutadora fijeza.

—¿Dónde lo has robado? — preguntó.

El no se atrevió a mentir, pero tampoco a confesar.

Y como Mary insistiera, él contestó:

—Es de casa de Jones.

—¿De allí lo has cogido?

—Sí.

Los dos quedaron silenciosos, como abrumados por el peso de aquel delito.

De pronto dijo Willie:

—Ahora me convenzo de que en las cárceles debe de haber personas buenas.

—¿Y qué vamos a hacer con esa carne? — preguntó Mary.

—Yo creo que si nos la comiéramos...

Y como la verdad era que Mary tenía un apetito atroz, convino:

—No está mal pensado.

Y en seguida se puso a asar la carne.

* * *

Estaban haciendo la digestión después del banquete, cuando volvió a presentarse la portera, esta vez decidida a todo.

—¡O me pagan hoy mismo o van a la calle!

Ninguno de los dos contestó. En silencio soportaron el chaparrón de insultos que la portera dirigió, especialmente a Willie, pues, por ser el hombre, le consideraba responsable de lo que allí estaba ocurriendo.

Por fin Willie suplicó:

—Váyase, señora, y haga lo que quiera.

—¡Habrás visto descaro! ¿Echarme después de no pagarme?

—No la echo. Le suplico que se vaya. ¿Cree que porque grite usted voy a tener dinero para pagarle?

La razón convenció a la portera, que se marchó, dejando al matrimonio triste y silencioso.

—¡Qué triste es el fracaso! — exclamó Willie al fin.

—¿Acaso has fracasado tú? — replicó Mary para animarle.

Pero él insistió:

—Sí, Mary. He fracasado y no puedo más. Todo ha terminado. Debes volver a tu casa. Allí, al menos, tendrás la comida segura.

—¿Volver a mi casa?

—Sí.

—Eso sería admitir tu fracaso y mi equivocación.

—Tú lo has dicho. Cometiste una equivocación.

—Pero la culpa de todo la tienes tú, por no haber terminado la obra.

—¿Cómo la iba a terminar si he tenido que buscar empleo?

—Se puede buscar empleo y escribir.

—Eso es lo que tú no sabes.

—Sin saberlo, otra cosa sería de nosotros si me hubieras hecho caso.

—Pero ¿crees que se puede escribir viviendo como nosotros vivimos?

—Hablas como si tuviera yo la culpa.

El bajó la cabeza con un gesto de infinito dolor.

—Ya sé que la culpa es sólo mía.

Y ella creyó ver que sus ojos se empañaban de lágrimas.

—¡Oh, Willie! ¡Perdóname si te he ofendido!

—No tengo nada que perdonarte, querida. Y te prometo que todo se arreglará.

—¿Qué piensas hacer?

—Cuando vuelva lo sabrás.

Cogió el sombrero y Mary lo detuvo.

—No te dejaré salir si no me dices qué vas a hacer.

—Voy a pedir prestado — mintió Willie.

—¿Sólo eso? ¿De veras que no piensas hacer nada malo?

—De veras, Mary.

Y sólo entonces le dejó ella salir.

XVI

Un ordenanza anunció al almirante:

—Un señor que se llama Smith solicita ser recibido.

—¿Smith? Dígale que pase. Hasta que le vea no lo conoceré.

Y cuando Smith entró y el almirante vió que ante él estaba el esposo de su hija, se le quedó mirando con una mezcla de extrañeza y de amenaza.

—¿Qué se le ofrece, joven?

Willie vaciló un momento. Después dijo resueltamente:

—Vengo a decirle que tenía usted razón en todo.

—Ya lo sabía — dijo el padre con gesto de triunfo—. ¿Por qué no ha venido Mary?

—No sabe nada. En cuanto se entere no volverá a dirigirme la palabra.

Y añadió:

—¡Vaya usted por ella!

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Se morirá de hambre.

Hubo una pausa.

—Espero que estará usted avergonzado de su hazaña — dijo el almirante.

—Si no lo estuviera no habría venido aquí.

—La lástima es que no lo pensara usted antes de casarse.

—Usted sabe muy bien que eso era imposible.

—Pero vayamos por partes. ¿Qué hará usted si la voy a buscar?

—Lo que usted quiera.

—Ha de dejarla en paz para siempre. No debe volverla a ver jamás.

—Así lo haré.

—Ella le olvidará fácilmente... y con gusto.

—Así lo espero — mintió Willie.

—Ni teléfono, ni cartas, ni recados. Esas son mis condiciones.

Pero he aquí que Willie comenzó a sentir que le faltaban las fuerzas. ¿Podría resignarse a no volver a ver a Mary en toda su vida?

—¿Por qué vacila? — preguntó el almirante en tono de reproche—. ¿Es que todavía no le ha hecho bastante daño y quiere hacerle más? Déme la dirección y váyase.

Willie obedeció como hipnotizado. Sabía que en aquel momento estaba labrando su desdicha, pero sabía también que estaba cumpliendo con el deber sagrado de ahorrar privaciones a su esposa.

* * *

Cuando el padre se presentó en automóvil en casa de Mary, ésta se negó a salir con él.

—¿Sabes que puedo llevarte a la fuerza?

—Tú ya no tienes autoridad sobre mí. Ahora sólo un hombre puede mandarme.

—¿Tu marido?

—Sí, mi marido.

—Pues bien. Tú marido me ha autorizado a que viniera por ti.

—¿Willie? Eso no es cierto.

—¿Que no? El mismo me ha apuntado las señas de esta casa. Para que te convenzas, aquí tienes la nota. ¿Conoces la letra?

Mary quedó anonadada. Aquella era la letra de Willie.

Entonces recordó sus últimas palabras. El le había prometido arreglarlo todo. Le había dicho que aquello había de terminar. Ella había leído en sus ojos que estaba dispuesto a todo con tal de que aquel estado de cosas terminara.

—¿De veras ha hecho eso Willie?

—Comprenderás que no iba a engañarte para que mañana mismo te enteraras de que te había mentado.

—Entonces — balbuceó — ¿no me quiere?

Y añadió, echándose a llorar:

—¡No, no me quiere! ¡Se ha cansado de mí! Por eso quiere alejarme de su lado.

Y se dejó llevar a casa de sus padres.

* * *

—¿El señor Lamone?

—¿Le ha citado?

—No.

—Lo siento, pero en ese caso no puedo dejarle pasar.

Se desarrollaba esta escena a la puerta de un teatro, entre Willie y el portero.

—¿De modo que no puedo pasar? — preguntó el joven.

—De ningún modo.

—Veremos si hay un medio. Todo es cuestión de probar.

Y dió un empujón al portero y echó a correr hacia el interior del teatro.

Antes de que los empleados pudieran detenerle, ya había llegado al despacho del empresario.

Este, que se hallaba hablando con

su socio, levantó la cabeza y se le quedó mirando muy sorprendido.

—¿Qué significa esto?

—Que he escrito una obra.

Lo simple de la respuesta produjo la hilaridad de los dos socios.

Pero Willie no se descompuso ni se turbó. La desesperación y el hambre le prestaban un valor extraordinario. Estaba decidido a todo. No habría nada ni nadie que pudiera hacerlo retroceder.

—Hace días que tienen ustedes una obra mía para leer y no sé nada de ella — declaró.

—Eso no importa para que se presente usted con mejores modos.

—Un hombre que se muere de hambre no respeta nada.

—¿Y cuál es la obra de usted?

—Esa que tiene encima de la carpeta.

—¿De modo que es usted el señor Smith que escribió esto?

—Sí, señor.

—La estábamos discutiendo. A mi socio no le gusta.

—No es el único. No le gusta a ningún empresario de Londres. Si la estrena va a perder mucho.

—Entonces ¿por qué la ha traído? — preguntó el socio al que no le gustaba.

—Porque si no se estrena, lo perderé todo.

El socio se marchó y el empresario y Willie quedaron solos.

—¿Qué tiene de malo? — preguntó el autor.

—El asunto es falso. Las mujeres de hoy no dejan a los millonarios para casarse con los pobres.

—Mi mujer lo hizo.

—¿De modo que su esposa es la heroína?

—Sí, señor. Por eso sé que el asunto es completamente real.

—Pero el público no lo creerá.

—¿A mí qué me importa el público? — exclamó el desesperado.

—En fin, ¿a qué seguir perdiendo el tiempo? Déme la obra y en paz.

—No se la doy. Quizá pueda ha-

cerse algo. Le advierto que a mí no me disgusta.

Willie pasó de la desesperación a la alegría súbitamente.

—¿De veras la estrenará usted?

—Seguramente.

—¡No sabe usted lo que eso representa para mí! Esa obra es mi vida. Mi mujer lo sacrificó todo por mí, pero yo la hice volver a su casa y prometí que no la volvería a ver.

Y, dominado por los infaustos recuerdos, añadió, exaltándose cada vez más:

—¿Comprende usted lo que esto significa? ¡He prometido no volverla a ver y ella es mi vida entera!

—Tranquilícese. Cuando dos personas se aman de verdad como ustedes, no hay nada que los separe.

—Ya estamos separados. Ella ya no cree en mí. Nadie me lo ha dicho, pero lo supongo. Y yo quiero demostrarle que no estaba equivocada cuando creía. Yo quiero demostrarle que no soy un fracasado.

Extenuado, se dejó caer en un sillón y ocultó el rostro entre las manos.

El empresario, compadecido, fué hacia él.

Le ofreció una copa de brandy.

—Tómese esto. Le reanimará. y, en efecto, se fué reanimando lentamente.
El obedeció como un sonámbulo,

* * *

Era el día del estreno.

Willie daba vueltas al teatro sin atreverse a entrar. El temor de que la obra fracasara le llenaba de angustia y de cobardía. Su madre le acompañaba. Era la única en quien podía confiar en aquellos momentos.

Cuando calculó que había comenzado el segundo acto, se situó frente a la fachada y dijo a su madre:

—Pregúntale al portero qué tal ha estado el primer acto. Yo no quiero preguntárselo porque me reconocería y no me diría la verdad.

La madre hizo al portero la pregunta y en seguida volvió al lado de Willie.

—Ha dicho que ha sido un gran éxito.

—¡Gracias, Dios mío!

Y de nuevo se alejaron.

Cuando calculó que ya había empezado el tercer acto, volvieron para preguntar por el segundo.

Y la respuesta fué aún más expresiva.

—Ha estado estupendo.

Otro suspiro.

—¿Lo ves, hijo mío? — dijo la madre, llorando de alegría—. Ya sabía yo que tenía que ser un éxito y que saldrías adelante.

Madre e hijo se abrazaron.

—Ahora vete a casa, mamá. Es muy tarde. Mañana ven a verme y hablaremos más despacio.

Y cuando la madre se fué, Willie oyó una voz a su lado.

—Pero ¿dónde se ha metido usted?

Se volvió. Era Jeffrey.

—Le ando buscando por todas partes. Al saber que era usted el autor, quería felicitarle.

—Aun no ha terminado. Los éxitos sólo pueden verse al final de las obras.

—¿Cómo es que no se lo ha comunicado a Mary?

Willie pareció despertar de una

pesadilla. Los acontecimientos y las emociones de aquella noche le habían hecho olvidarse de ella.

Y Jeffrey añadió:

—Se habría alegrado mucho.

¿No sabe usted que está enferma?

—¿Enferma?

—Sí.

Sin despedirse siquiera, Willie echó a correr y tomó un taxi, dándole la dirección de la casa del almirante.

Rechazando cuanto se oponía a su paso, llegó hasta la habitación donde Mary estaba acostada.

Ella se incorporó, sorprendida.

—¿Tú?

—Yo mismo, Mary.

—Creí que no vendrías.

—No sabía que estabas enferma. Acaba de decírmelo Jeffrey en el teatro.

—¿Estabas en el teatro?

—Es que en este momento se está estrenando mi obra.

—¡Por fin! Estoy segura de que será un gran éxito.

—Aun falta saber el resultado del último acto.

A todo esto, los padres de Mary,

que estaban en la habitación y que se habían convencido de que su hija sólo podía ser feliz al lado de Willie, no se molestaron ante la entrada poco correcta de él y abandonaron prudentemente el aposento.

—¿Me prometes que no volverás a marcharte? — preguntó Mary.

—Te lo prometo. Pase lo que pase, no volveremos a separarnos jamás.

—¡Jamás!

Y en este momento sonó el timbre del teléfono. Era Jeffrey que anunciaba el éxito clamoroso del tercer acto.

Y cuando Willie gritó, loco de alegría:

—¡Victoria! ¡Se acabaron los sufrimientos!

Ella, Mary, le rodeó con sus brazos y le dijo dulcemente:

—Ahora nos hace más falta que nunca.

—¿Por qué?

Y acercando los labios al oído de Willie, explicó en voz muy baja:

—Porque tendremos que ir preparando la herencia a nuestro hijo.

F I N

Exclusiva de distribución: Sociedad General Española de Librería. —Barbará: 16, Barcelona

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	Los cosacos.	Esclavas de la moda.	A! Capone (Pánico en
El gran desfile.	Icaros.	Petit Café.	Chicago).
Miguel Strogoff o el	El conde de Montecristo.	Hay que casar al prin-	Mi último amor.
Correo del Zar.	La mujer ligera.	cipe.	Muchachas de uniforme.
La princesa que supo	Virgenes modernas.	Inspiración.	Marido y mujer.
amar.	El pagano de Tahiti.	El proceso de Mary	Mata-Hari.
El coche número 13.	Estrellas dichosas.	Dugan.	Congorilla (fuera de se-
Sin familia.	La senda del 98.	En cada puerto un amor.	rie).
Mare Nostrum.	Esto es el cielo.	Marruecos.	Carceleras.
Nantás, el hombre que se	Espejismos.	¿Conoces a tu mujer?	Erase una vez un vala.
vendió.	Evangeline.	El millón.	Hombres en mi vida.
Cobra.	Orquídeas salvajes.	La mujer X.	Niebla.
El fin de Montecarlo.	El caballero.	Gente alegre.	Rebeca.
Vida bohemia.	Egoísmo.	Mar de fondo.	Indeseable.
Zazá.	La máscara del diablo.	La llama sagrada.	Tarzan de los monos.
¡Adiós, juventud!	El pan nuestro de cada	La ley del harén.	El terror del hampa.
El judío errante.	dia.	La fruta amarga.	La vuelta al mundo por
La mujer desnuda.	Vieja hidalguía.	Vidas truncadas.	Douglas Fairbanks.
La tía Ramona.	Poseción.	La fiera del mar.	Chica bien.
Casanova.	Tentación.	Tabú.	Recién casados.
Hotel imperial.	La pecadora.	El pasado acusa.	Champ (El campeón).
Don Juan, el burlador	El beso.	Papá piernas largas.	La zarpa del jaguar.
de Sevilla.	Ella se va a la guerra.	Trader Horn.	Los amores de José Mo-
Noche nupcial.	Los hijos de nadie.	Un yanqui en la corte	jica (fuera de serie).
El séptimo cielo.	El pescador de perlas.	del rey Arturo.	El caballero de la noche.
Beau Geste.	Santa Isabel de Ceres.	El código penal.	Arsène Lupin.
Los vencedores del fuego.	Las dos huérfanas.	La pura verdad.	La dama del 13.
La mariposa de oro.	La canción de la estepa.	Maternidad, o el derecho	Amor en venta.
Ben-Hur.	El precio de un beso.	la vida (fuera de se-	El pecado de Madeión
El demonio y la carne.	La rapsodia del recuerdo	rie).	Claudet.
La castellana del Líbano.	Delikatessen.	Carbón (La tragedia de	La casa de los muertos.
La tierra de todos.	Estrellados.	la mina).	Titanes del cielo.
Tripoli.	Cuatro de infantería.	Estudiantina.	El proceso Dreyfus.
El rey de reyes.	Olimpia.	Las perinecias de Skippy.	La vida de un gran ar-
La ciudad castigada.	Monsieur Sans-Gêne.	¡Qué viudita!	tista.
Sangre y arena.	Sombras de gloria.	El camino de la vida.	El último varón sobre la
Águilas triunfantes.	Mamba.	Noches de Viena.	Tierra.
El sargento Malacara.	Ladrón de amor.	Mamá.	Fantomas.
El capitán Sorrell.	Molly (la gran parada).	Eran trece.	Violetas imperiales.
El jardín del edén.	El valiente.	Cheri-Bibi.	Soy un fugitivo.
La princesa mártir.	¡De frente... marchen!	Bésame otra vez.	Teresita.
Ramona.	Prim.	Camarotes de lujo.	La película de las estrellas
Dos amantes.	El presidio.	Los hijos de la calle.	Grand Hotel (fuera de
El príncipe estudiante.	Romance.	La divorciada.	serie).
Ana Karenine.	El gran charco.	Madame Satán.	Hollywood al desnudo.
El destino de la carne	Tempestad.	¿Cuándo te suicidas?	Sangre roja.
La mujer divina.	El dios del mar.	Marianita.	El doctor X.
Alas.	Anne Christie.	El carnet amarillo.	Emma.
Cuatro hijos.	Sevilla de mis amores.	Hararás a tu madre.	Primavera en otoño.
El carnaval de Venecia.	Horizontes nuevos.	Su última noche.	El hijo del destino.
El ángel de la calle.	Ben-Hur (edición popu-	Las alegres chicas de	Ella o ninguna.
La última cita.	lar).	Viena.	El enemigo en la sangre
El enemigo.	La incorregible.	¡Viva la libertad!	El azul del cielo.
Amantes.	El malo.	Malvada.	El monstruo de la ciudad
Moulin Rouge.	El pavo real.	El teniente del amor.	El hombre que se refa del
La bailarina de la Ope-	Bajo los techos de París.	Deliciosa.	amor.
ra.	Wu-li-chang.	Cielo robado.	Susan Lenox.
Ben Ali.	Montecarlo.	Amargo idilio.	Mercado de mujeres.
Los cuatro diablos.	Camino del infierno.	Honor entre amantes.	Manos culpables.
¡Ríe, payaso, ríe!	¡Mío será!	Para alcanzar la luna.	La princesa se divierte.
Volga, Volga.	¡Aleluya!	El hombre que asesinó.	La mano asesina.
La sinfonía patética.	La mujer que amamos.	¡Ríndase!	El rey de los gitanos.
Un cierto muchacho.	Al compás de 3/4.	La calle.	El sergento X.
¡Nostalgia!	La princesa se enamora.	El prófugo.	Los seis misteriosos.
La ruta de Singapore.	Amanecer de amor.	Milicia de paz.	Esta edad moderna.
La actriz.	El gran desfile (edición	Amores de medianoche.	La novia de Escocia.
Mister Wu.	popular).	Miguel Strogoff o el	Besos al pasar.
Renacer.	Du Barry, mujer de	Correo del Zar (edi-	El mayor amor.
El despertar.	pasión.	ción popular).	El expreso fantasma.
Las tres pasiones.	La viuda alegre (edición	La hermana San Sulpicio.	Al despertar.
La melodía del amor.	popular).	El demonio y la carne	El robo de la Monna Lis-
Cristina, la Holandesita.	Ángeles del infierno.	(edición popular).	sa, (La Gioconda).
¡Viva Madrid, que es	Cuerpo y alma.	La dama misteriosa.	La edad de amar.
mi pueblo!	El impostor.	Los claveles de la Virgen.	Salvada.
Sombras blancas.	Esposa a medias.	Pereja de baile.	Divorcio por amor.
La copla andaluza.		Alma libre.	Corazones sin rumbo.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

???

Inauguración de las grandes exclusivas de Ediciones Bistagne para la temporada de 1933-1934

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

Las mejores películas
Las mejores marcas
Los mejores artistas
Las mejores narraciones

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Coleccione usted los nuevos
aciertos de

Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Ellers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mac Marsh, etc.
TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Ellers, Ralph Bellamy, etc.
AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.
DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.
LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
NADA MAS QUE UN GIGOLO, por William Haines, Irene Purcell, Maria Alba, etc.
LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, etc.
LA DAMA AZUL, por Joseline Gael, André Bauge, etc.
AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.
CARAS FALSAS, por Lowell Sherman, etc.
PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, etc.
POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marion Davies y Clark Gable.
VIDAS INTIMAS, por Robert Montgomery, etc.

LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIEN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.
SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoiz, etc.
MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.
AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.
ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.
ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, etc.
EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emilyn Williams, etc.
EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.
LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.

LUJOSA PRESENTACIÓN-8 INTERESANTES FOTOGRAFÍAS EN PAPEL COUCHÉ-PRECIO: 50 céntimos

E. B.



Precio: Una peseta